

PURISMO Y NEOPURISMO EN ITALIA

EL lenguaje de todo pueblo es una corriente viva que fluye sin interrupción como la de un río; cambia de color según los cielos bajo los cuales corre; absorbe de las tierras que atraviesa elementos vitales que lo enriquecen y escorias que abandona después a lo largo de su curso. Sin embargo, así como el agua, para ser bebida, es necesario filtrarla con objeto de eliminar de ella todo aquello que pudiera ser nocivo, así en las lenguas habladas, mudables continuamente, se tiende, a través de una serie de filtraciones, a extraer el líquido limpio de la lengua culta.

Prescindiendo de metáforas, parece evidente que el lenguaje hablado del pueblo no puede ser usado como idioma escrito o literario, sin una selección que elimine cuidadosamente todas aquellas palabras, frases o locuciones que, por uno u otro motivo, no tienen el sello de una perfecta regularidad lingüística. Esta tarea de cribar las palabras y las frases, y de escoger las buenas y rechazar las malas, está, en la sociedad moderna, confiada principalmente a los lexicógrafos: el diccionario debería ofrecer en definitiva toda la lengua purificada, filtrada y dispuesta para el uso literario; pero es precisamente en este punto en el que surgen las dificultades: un diccionario es, en general, obra difícil, que requiere larga y cuidadosa preparación, muchos años de diligente trabajo, cuyos autores son, generalmente, estudiosos cultos, que procuran el uso de una lengua escogida, y lingüistas profesionales, en los que prevalece de ordinario la tendencia a la corrección absoluta y a preferir la solución docta a la popular en los problemas lingüísticos: estos desean, en fin, crear una obra duradera en el tiempo, que resista tanto más el curso de los años, cuanto más largo haya sido el trabajo de com-

pilación. Por todos estos motivos, deben de nacer en su ánimo notables incertidumbres y la consiguiente deficiencia en su propia labor.

Los elementos que he indicado están a veces en contraste entre sí y la duración del trabajo tiende a hacer anticuada la obra en alguna de sus partes, quizá antes de que esté terminada.

En el criterio de acoger palabras antiguas, cuyo uso va alejándose en el lenguaje hablado, el lexicógrafo hace bien a veces en facilitarlas; antes que nada, un diccionario de la lengua ha de consentir siempre la lectura de los clásicos de la misma lengua; en segundo lugar, existen palabras que, después de un larguísimo desuso que puede parecer desaparición, vuelven a encontrar de improviso, en muy variadas circunstancias, motivo de que se renueve su vitalidad (1).

Más complicado es el problema de las palabras nuevas. Muchas de ellas entran en el idioma por motivos accidentales, ligadas a circunstancias pasajeras y, después de algún corto período, pasada la moda, desaparecen por completo: muchísimos neologismos presentan, además, características especiales, que merecen la condena de la gramática y de la retórica; o son de origen extranjero, exotismos (extranjerismos), o voces de los dialectos; o, en fin, palabras no conformes a la estructura tradicional de la lengua (barbarismos).

En tales circunstancias, ¿deberá el compilador de un diccionario tener en cuenta las necesidades del lenguaje hablado, aceptando también voces impuras, o deberá, por el contrario, esperar a que una palabra sea consolidada por el uso, antes de acogerla, manteniendo la fe en el principio de la pureza de la lengua? ¿Deberá arriesgarse a ser acusado de insuficiente y de riguroso o de facilitón y desaprensivo?

Como es sabido, el siglo pasado vió, señaladamente en Italia, surgir una muchedumbre de estudiosos que, agitando la bandera del «purismo», se declararon decididamente contra toda novedad en materia de lenguaje (2); pero, no sólo contra las novedades, sino que el blanco contra el que tiraban estos puristas pertenecía, en conjunto, a cuatro categorías:

1° *Helenismos* (grecismos) o *latinismos*, o sea palabras de origen culto derivadas directamente del griego o del latín, especialmente de formación reciente, y, por tanto, no sujetas a la evolución de las leyes fonéticas tradicionales y que a menudo, además, acarrearán grupos de consonantes contrarios a la forma estructural ordinaria del uso lingüístico.

2° *Provincialismos*, o sea palabras usadas en alguno de los dialectos que tienden a difundirse en toda la región lingüística, o para designar elementos a los que no corresponde un nombre en el idioma, o para sustituir a la voz nacional, quizá por razón de facilidad en la pronunciación.

3° *Barbarismos* o *exotismos* (3), esto es, voces importadas de lenguas extranjeras.

4° *Neologismos*, o sea palabras de nuevo cuño empleadas en un significado distinto del que tuvieron en su origen.

Los puristas se batían con igual gallardía en todos los frentes: condenaban los helenismos y latinismos, proponiendo sustituirlos con palabras y aun con frases de origen local, de estructura morfológica tradicional y sin las raíces clásicas; execraban los provincialismos y los relegaban a los dialectos, buscando su sustitución en los escritores de los primeros siglos; combatían los neologismos, que a menudo eran importados del extranjero, recurriendo frecuentemente a fatigosos giros de frases o a palabras desusadas para reemplazarlas, cuando no les era posible prescindir de ellos; pero se lanzaban sobre todo contra las palabras de origen extranjero, reprochándoles la ilegitimidad y rechazándolas más allá de las fronteras, con desdenoso patriotismo.

En realidad, sucedía que los puristas luchaban con demasiados enemigos a la vez y acababan por perder en un frente el terreno que ganaban en otro; las más de las veces sus substitutivos eran realmente palabras caídas en desuso, que recogían de algún polvoriento escritor de los primeros siglos; es decir, manchándose de otra culpa contra la lengua: el *arcaísmo* (4). Tal vez, incapaces de encontrar la palabra adecuada para expresar un concepto nuevo en un texto es-

crito, la mendigaban del habla vulgar, cayendo voluntariamente en el *provincialismo*, tan combatido por ellos mismos. Por fin, proponían a menudo substituciones largas y de difícil pronunciación, que no tenían ninguna probabilidad de encontrar favor en las masas; o palabras genéricas, que no satisfacían la necesidad de diferenciar, de clasificar; o, al contrario, palabras específicas, que no daban el concepto genérico requerido por un criterio de más amplia clasificación (5).

Otro defecto no menos grave de los puristas fué el de cerrar los ojos al progreso científico y, siendo impotentes para combatir, con probabilidad de éxito, el nuevo lenguaje que se venía formando, prefirieron considerarlo como «jerga» técnica, cuyo uso estaba destinado a permanecer limitado a un reducidísimo círculo de personas, sin pensar ni prever que la creciente difusión de la cultura y de la imprenta, por una parte, y de la de los mismos descubrimientos de la ciencia, por otra, habrían de favorecer cada vez más la difusión de dichas palabras en el gran público (6).

Naturalmente, el punto débil de las filas purísticas no estaba tanto en estos defectos que hemos hecho resaltar, y que aparecían y aparecen, sobre todo, a los ojos de los filólogos y de los lingüistas, pero escapaban a la gran masa de los lectores: el punto verdaderamente débil del frente purista era su impopularidad; el carácter abstracto de sus teorías; la dificultad y vetustez de su lenguaje, que se prestaba a las burlas de sus adversarios; lo impopular, en conjunto, de sus palabras, que no encontraban acogida en el público. Por esto, el «Purismo», como fenómeno literario, cayó pronto en el olvido y en la mofa en todos los países, y se le mezcló con los otros «preciosismos» de todos los tiempos, sin que fueran reconocidos a los pobres puristas ni siquiera los méritos indiscutibles que tenían sus ideas, al menos en el campo teórico, porque, verdaderamente, aparte de toda consideración específica o lingüística, les animaba en el fondo una gran fe: el amor de la patria.

En efecto: no se puede hoy desconocer que el purismo, antes que nada, afirmaba el derecho de una nación a usar una lengua formada

exclusivamente de elementos nacionales; de rechazar la importación del extranjero de palabras y frases que con frecuencia indicaban únicamente una especie de servidumbre de la patria en la relación con el extranjero; y es fácil comprobar que la entrada de palabras extranjeras en una nación, va casi siempre acompañada de una sujeción, que puede ser, o directamente una dominación militar, o asumir la forma de un imperialismo literario, o ir sencillamente unida a una simple difusión de costumbres o tendencias extranjeras. Así, por ejemplo, gran número de voces «germánicas» entraron en el diccionario italiano con la dominación de los primeros siglos, mientras los hispanismos entraron en su mayoría en el siglo xvii, y algunos galicismos van unidos a las expresiones de la moda femenina; los anglicismos, a los términos deportivos, y así sucesivamente (7).

Desde este punto de vista era natural que al surgir en el mundo los fenómenos políticos, autoritarios y autárquicos, no se olvidase este aspecto del problema, que afecta a uno de los campos más delicados de una nación y es uno de los elementos más seguros para caracterizar la unidad de un pueblo: la lengua. Los movimientos que tienden a obtener la pureza del lenguaje han brotado recientemente, y especialmente en Italia y Alemania, promovidos esta vez no sólo por los lingüistas de profesión, sino también por las esferas políticas responsables. La lucha contra los exotismos ha sido llevada en Alemania con método y decisión, y gradualmente van aquéllos desapareciendo del idioma germánico. Bastará recordar, como único ejemplo, el hecho de que, en las más recientes ediciones musicales alemanas, las tradicionales palabras técnicas italianas, usadas desde siglos, han sido substituídas por otras de cuño germánico, y es elemento significativo que tales voces substituídas se emplean no sólo para la música moderna, sino también en las reimpresiones de los clásicos, que usaron en sus originales las palabras italianas.

En cuanto a Italia, se presentaba el problema más complejo, bien sea por la mayor riqueza de la lengua italiana respecto a la germánica, o bien por el mayor número de palabras extranjeras que habían conseguido introducirse en ella. Además, la Italia política tiene una

tradición de amplia prudencia al inmiscuirse en problemas de literatura: se puede decir, por tanto, que las restricciones oficiales se limitaron a poquísimo al principio (abolición de los rótulos con nombres extranjeros, imposición oficial del término «autista» para substituir al francés «chauffeur», substitución del pronombre de la tercera persona en la conversación —ella, lei— con el de la segunda persona, singular o plural —tu, voi—). Para lo restante se ha dejado obrar a los literatos y lingüistas (pero hasta la propuesta de la abolición del «lei» partió de un literato, el escritor Bruno Cicognani, en un artículo del *Corriere della Sera* del 15 de enero de 1938). Y no es para ellos una fácil tarea, porque los problemas son muchos y vastísimos, y afectan a todos los campos del léxico, desde la fonética hasta la morfología y la sintaxis.

Pasaré por alto el problema de la pronunciación, al que parece se quiera dar por ahora una solución de compromiso (el llamado eje lingüístico Roma-Florenca), propugnada por el académico de Italia Bertoni y por el Profesor Ugolini, y aceptada por la Radio. No atacaré ni siquiera los problemas sintáxicos, que nos conducirían a larguísimas discusiones, y me limito a los especialmente de léxico.

Es evidente que a los lingüistas modernos se les ha presentado súbitamente la necesidad de adaptar los problemas lingüísticos a los gustos del público; de armonizar, cuanto sea posible, la solución «cult» a las tendencias del uso; a salvar, en una palabra, el muro divisorio que separaba, en los tiempos pasados, el trabajo de los lingüistas de las variables exigencias del lenguaje hablado.

Con este intento, ha sido fácil superar las primeras dificultades, y se ha establecido ahora una corriente de estudiosos que asume, en relación con los viejos problemas del purismo tradicional, nuevas actitudes.

Dicha corriente tiene su más batallador representante en el Doctor Bruno Migliorini, Profesor de Lingüística de la Universidad de Florenca, que la ha bautizado con el nombre de «neopurismo», y ha fijado su posición ideológica en varios artículos, y especialmente en su volumen *Lingua contemporánea*; posee, además, una revista

propia, *Lingua nostra*, que afronta estos problemas en sus casos particulares.

El neopurismo coincide con el «viejo purismo» en que combate toda forma de exotismo, pero distingue en ellas dos categorías de palabras:

—Palabras que reproducen la estructura extranjera (en italiano «foriesterismi», en alemán «Fremdwörter»).

—Palabras que experimentan una adaptación más o menos profunda al sistema fonológico de la lengua que las adquiere (en italiano, «prestiti»; en alemán, «Lehnwörter») (8).

Muchas palabras entre las universalmente usadas y admitidas en los diccionarios y aceptadas hasta por los más intransigentes «puristas», son verdaderos «préstamos», entradas en la lengua nacional, desde tiempo tan remotos y tan bien asimilados a la estructura lexicológica de la lengua de adopción, que han perdido todo matiz de extranjerismo: así, en italiano, «guerra» y «mangiare», germanismo la primera y galicismo la segunda. Pero, naturalmente, tales préstamos se remontan a épocas lingüísticas muy lejanas, en las que la solidez estructural de la lengua era mucho menos de cuanto ha sido después (9). Aparte la tentativa de Dante en su «De vulgari eloquentia», es evidente que no existió un verdadero problema lingüístico en Italia antes del siglo XVI. Las facultades defensivas de las lenguas locales son mínimas en épocas faltas de severidad gramatical y de léxico; la lengua poética italiana de los primeros siglos es rica en galicismos y provenzalismos, entrados en ella por las poesías francesas y de los juglares. Más tarde, la vía de ingreso a través de la cual los «préstamos» entran en la lengua, es, a menudo, la de las terminologías especiales (artes y oficios, medicina, hallazgos científicos, modas, deportes, etc.). De ellas se absorben lentamente y se difunden en el lenguaje vulgar.

Tipos especiales de «préstamo» son aquellos que se considera responden a una *necesidad*, casi todos por razones intelectuales, por la tendencia, que se va acentuando cada vez más, de usar en ciertos campos científicos un lenguaje aceptado universalmente (10). Igual-

mente son «préstamos» especiales las expresiones de lujo, que se usan por «snobismo», por la presunción general que existe de que la palabra extranjera es más aristocrática que la de nuestro país (11); pero es precisamente en estos últimos casos cuando el «préstamo» tiende a conservar la estructura del léxico extranjero; esto es: a pasar a la otra categoría de exotismos, al grupo de los «extranjerismos». Esta tendencia es facilitada por dos elementos: primero, que el vehículo a través del cual se difunden no es hoy, como en los tiempos antiguos, el lenguaje hablado, sino la lengua escrita, que respeta más fácilmente la ortografía de origen; segundo, que, por ser usada preferentemente por personas doctas y cultas, que no ignoran, al menos morfológicamente, la lengua originaria, conservan, con facilidad, la forma original correcta y rectifican continuamente las tentativas de corrupción del uso corriente.

Es evidente que, aunque estos «extranjerismos» enturbien más crudamente la pureza de la lengua con su estructura exótica, son menos peligrosos que los otros porque no se insinúan con disfraces de adaptación fonética, que podrían hacer creer a los indoctos que son palabras de buen idioma. Por esto el neopurismo no combate enérgicamente las palabras extranjeras cuando se usan en su lengua original; o bien indican un elemento transitorio y desaparecerán con el desuso de la cosa designada, o bien, entrando en la ley normal de los neologismos, serán substituídas con el tiempo con otra palabra del país de formación espontánea.

Contra los «exotismos», en cambio, combate el neopurismo con no menos energía que el purismo tradicional (12). Cuando el «exotismo» se insinúa por motivos excepcionales o por afectar elegancia, su pública condenación a través de los periódicos (a veces también es útil la ironía de los periódicos humorísticos), la Radio y, si es necesario, una declaración oficial (recientemente, la Real Academia de Italia ha iniciado la publicación de una serie de «barbarismos» rechazables, indicando sus substitutivos italianos) las hará desaparecer súbitamente de la circulación aún antes de que adquieran carta de naturaleza. Cuando la palabra extranjera se introduce

a través del lenguaje técnico, es fácil encontrarle, en la oficina sindical, la substitución por una voz de formación italiana y difundirla por medio de la misma Prensa técnica, que podría facilitar, por el contrario, la difusión de la palabra extranjera.

En fin, cuando el «barbarismo» indica un nuevo hallazgo; cuando, en una palabra, es también un «neologismo», entonces, si no es fácilmente sustituible por una palabra nacional equivalente, que tenga probabilidad de ser bien acogida por el uso, se deberá hacer de manera que la palabra extranjera se adapte a las reglas lexicológicas de la lengua propia; esto es, evitando la entrada en el idioma de palabras cuya estructura esté en contradicción con la tradicional de la lengua; es decir, que los puristas se apresuran a someter, autoritariamente, la palabra de estructura extranjera a las adaptaciones lexicológicas, a las que tantas otras palabras extranjeras entradas en el idioma en los primeros siglos, fueron acomodadas por el uso corriente y por la fuerza asimiladora de la tradición lingüística.

Como se ve, sin embargo, el mejor procedimiento es el de los puristas antiguos: la substitución del vocablo extranjero por uno equivalente, pero de puro cuño nacional, sin recurrir, no obstante, como equivocadamente hacían los viejos puristas, a veinte palabras para substituir una sola, con el resultado de disipar su fuerza, con gran ventaja de la palabra extranjera, sino indicando una sola voz, que tenga todos los requisitos para ser bien acogida por los llamados a emplearla.

Y es aquí donde muestra el neopurismo su distancia del purismo tradicional. Ninguna oposición a los helenismos y latinismos, tomados de otras naciones para indicar nuevos objetos o nuevos descubrimientos científicos: éstos tendrían la posibilidad no sólo de ser bien acogidos de todos, sino también (dado el internacionalismo científico de las lenguas clásicas), la de ser iguales a los correspondientes extranjeros de todo el mundo, formando parte del lenguaje internacional científico, que es la aspiración de todos los hombres de ciencia y aun la de los lingüistas. No se puede hablar aquí de

«barbarismos» porque las lenguas clásicas no son jamás extranjeras en tierra latina: la única condición que se podría aconsejar sería adaptar la palabra clásica a la forma tradicional del léxico de la lengua italiana, mas aun en este caso, sin excesiva exageración.

Si se presentan, por ejemplo, nuevas uniones de consonantes que se puedan aceptar sin excesiva fatiga, dado que el uso tiende a introducirlas, no hay ninguna necesidad de oponerse sistemáticamente a ellas (13).

En cuanto a los «provincialismos», es también nueva la actitud de los puristas modernos. Toda la vida de Italia tiende a ser nacional y a disminuir las diferencias en sus lenguajes, pero no a extinguir las fuentes vivas del habla de los dialectos: por el contrario, existen allí elementos de la vida moderna que los transportan a veces a las esferas nacionales: el servicio militar en tiempo de paz y especialmente en el de guerra, esto es, la larga convivencia de muchos ciudadanos de varias regiones, mientras facilita el conocimiento de la lengua nacional hasta a los más incultos y alejados de las ciudades, sirve también para difundir palabras de un dialecto a todas las otras regiones: entre los soldados existen expresiones, locuciones, palabras que encuentran pronta fortuna y difusión. Así se oyen, desde la guerra de 1914 a 18, vocablos y locuciones alpinas hasta en la Italia meridional y viceversa (14). Otros sistemas de difusión del habla dialectal son el teatro, el cine, la radio; compañías que representan en dialectos; actores que en el cine o en el teatro imitan, para obtener efectos cómicos, la manera de hablar de una región determinada; la radio, que transmite canciones en dialecto, contribuyen a veces a imponer y hacer populares ciertas expresiones (15). Ahora bien: el neopurismo se opone a la entrada de una palabra dialectal en el idioma cuando éste tiende a desechar otra todavía bella y viva de puro cuño nacional; pero, en cambio, la acoge con gusto cuando sirve para enriquecer la lengua con un nuevo valor, tanto más cuanto, al faltar la palabra italiana, existe el peligro de que sea adoptada con preferencia, para designar la nueva cosa, una palabra extranjera (16).

Toda esta actividad lingüística es ahora muy útil para Italia. La Real Academia, acogiendo y examinando las diversas propuestas, aceptando las discusiones, prosigue, como he apuntado más arriba, en su obra de purificación, casi diría de profilaxis del idioma, y las mismas polémicas que se suscitan a veces en los periódicos, revistas o por la radio, algunas propuestas un poco audaces, sirven para mantener despierta la atención del público sobre un problema que se encamina, aunque sea lentamente, hacia una total solución.

¿Qué interés puede tener todo esto para la España actual? Yo creo que muchísimo, aun cuando las circunstancias puedan hacer pensar lo contrario. Séame permitido recordar que el Gobierno de la nueva España ha dispuesto ya, con un providencial Decreto, la abolición de los rótulos extranjeros, de las demasiadas locuciones extrañas que alteraban, con un fin falsamente internacionalista, la fisonomía hispánica de las ciudades. Y he de señalar también algunos notables artículos de tesis lingüística que aparecen frecuentemente en los diarios de mayor circulación (17).

Ahora bien: es cierto que España ha mostrado siempre y aún más vivamente en los últimos siglos una facultad rapidísima de asimilación de las palabras extranjeras revistiéndolas de formas hispánicas; es verdad que alcanzando plenamente al patrimonio lingüístico de las lenguas hispanoamericanas, España ha demostrado no tener prevenciones contra las palabras formadas en tierras de habla española; es verdad que no existen en España dialectos tan varios como los italianos y, sin embargo, tan cercanos a la lengua nacional como para influir directamente en ella. Pero asimismo es cierto que, a veces, todos estos motivos tienden demasiado a introducir «barbarismos» en el idioma, no siendo del todo injustificada la alarma de los puristas (18).

El problema es de mucha más actualidad de lo que parece: entre los muchos elementos que modifican la lengua, la difusión por los periódicos y por la radio, por el cine hablado y los tecnicismos de todas clases (administración, Banca, industrias, comercio, Ciencias, Medicina, etc.), la publicidad y la política son los principales,

y ahora, como nunca, en esta época de tanta actividad, se intensifican cada vez más.

Y no olvidemos la guerra, que crea nuevas palabras y nuevas locuciones, y las difunde con la lengua de los vencedores (19).

He querido comprobarlo, al azar, en un periódico político de fecha reciente y he encontrado en un solo número las siguientes palabras que no figuran en el Diccionario de la Academia de 1939: *extranjerismos*: Komintern, mujik, leader, premier, stukas; *neologismos*: liberaloide, soviético, superproducción, contrabloqueo, escalonadamente, cuadrimotor, catapultables, portaaviones, paracaidista; y estas otras palabras existentes en el Diccionario, pero usadas con nuevo sentido: Internacional (roja), comisario (rojo), cerco (política de), bombardero (avión), torpedero (avión), (un) caza, fortaleza (volante), (puntos) neurálgicos (con sentido político), espacio (vital), observación (aérea), aparatos (en sentido de aviones), mecanizado, bolsa (en sentido militar).

Ciertamente, parte de la culpa es del Diccionario, que se prepara con retraso; pero un poco también del lenguaje periodístico, que acepta con demasiada facilidad palabras de dudoso carácter. ¡Alerta, por consiguiente, los puristas y cuantos aman la integridad de la propia lengua! Un poco de buena voluntad y se podrá defender la pureza del idioma, amenazada por el vertiginoso ritmo de la vida actual.

CARLO CONSIGLIO

NOTAS

(1) «Multa renascentur quae iam cecidere vocabula», advertía ya HORACIO en su *Arte poética*.

(2) L. FALCHI: *I puristi del secolo XIX*. Roma, 1899.—C. TRABALZA: *Storia della grammatica italiana*. Milano, 1908.—T. LABAUDE JEANROY: *La question de la langue en Italie de Baretto a Manzoni*. París, 1925.—G. MAZZONI: *L'ottocento*. Milano, 1938.—G. BOINE: *Il purismo in «La Voce» dell'8 agosto 1912*.—B. SORIO: *Bibliografia cesariana*. Venezia, 1857.

(3) Uso de la doble forma de *exotismos* y *barbarismos*, este último el nombre verdaderamente extendido en Italia, porque en el lenguaje de los gramáticos españoles *barbarismos* equivalen a los «*idiotismi*» italianos.

(4) Fué culpa especialmente de los últimos puristas, entre los cuales fué el más famoso el napolitano Basilio Puoti.—Cfr. F. DE SANCTIS: «L'ultimo dei puristi», en *Saggi critici*. Napoli, 1940.—B. ZUMBINI: *Il Leopardi a Napoli*. Napoli, 1898.

(5) Por la desgraciada lucha de los puristas contra la voz «*impiegato*», v. B. MIGLIORINI: *Lingua contemporanea*. Florencia, 1938, pág. 174.

(6) Por ej.: el vano intento de los puristas de substituir la palabra «*termómetro*» por la de «*segnalacaldo*».

(7) Sobre los germanismos de la lengua italiana, v. W. BRUCKNER: *Charakteristik der germanischen Element in Italianischen*. Basel, 1899.—E. ZACCARIA: *L'elemento germanico nella lingua italiana*. Génova, 1914.—E. GAMILLSCHG: *Romania Germanica*. Berlín, 1934-36.

Sobre los hispanismos, v. B. CROCE: *La lingua spagnola in Italia*. Roma, 1895.—E. ZACCARIA: *L'elemento iberico nella lingua italiana*. Bologna, 1927.

Sobre galicismos, los trabajos limitados al siglo XVIII son: A. SCHIAFFINI: «*Aspetti della crisi lingüistica italiana del Settecento*», en *Zeitschrift Romanischer Philosophie*, LVII (1937).—V. también BRUNOT: *Histoire de la langue française*. París, 1934, t. III.

(8) Véase en la *Enciclopedia Italiana* la voz «*prestiti*», por B. MIGLIORINI.

(9) R. BEZZOLA: *Abbozzo di una storia dei gallicismi italiani nei primi secoli*. Zürich, 1925.

(10) E. WUSTFR: *International Sprachnormung in der Technik*. Berlín, 1930. O. MUILLET: *Les langues dans l'Europe nouvelle*. París, 1928.

(11) También CICERÓN, en *De oratore*, hacía notar que las palabras extranjeras son acogidas «*suavitate aut inopiae causa*».

(12) A. PANZINI: *Dizionario moderno*, ahora en la séptima edición. Milán.—C. MEANO: *Commentario al Dizionario italiano della moda*. Turín, 1936.—Y el recentísimo *Dizionario degli esotismi*, de A. JACONO. Florencia, 1939.

(13) Como ya hace tiempo entraron en la lengua italiana grupos de consonantes: *ps.* (cápsula-psicología), *bs.* (abside), *bn.* (abnegazione), *tm.* (aritmética), *z.* (uxoricidio), *mv.* (triumviro), no hay ya motivo para rechazar, como querían los puristas, v. gr.: *tramvia* e *tramvai* o *ritmo* e *ritmico*.

(14) Después de la guerra, hubo en toda Italia una verdadera epidemia de intercalar la expresión veneta «vero?» (¿verdad?), y algunas palabras (poco elegantes, en verdad) del dialecto napolitano se usan todavía en el Norte de Italia. Ofr. F. GUERCIO: «Il gergo di guerra italiano», en *Giornale di politica e letteratura*. 1932.

(15) Citaré dos casos únicamente: En toda Italia se dice más fácilmente «Marechiare» che «Marechiaro», por influjo de la famosa canción de Di Giacomo y Tosti; además, se han convertido en italianas algunas locuciones del dialecto romano, como, v. g.: «bagarino», «gagá», etc.

(16) Es una tendencia demasiado acentuada en PAOLO MONELLI: *Barbaro dominio*. Milán, 1962.

(17) Como *Arriba* y *El Alcázar*, de Madrid, y las consideraciones de don NICOLÁS GONZÁLEZ RUIZ sobre la *Antología de don Juan Pablo Forner*. Ediciones. F. E., 1940.

(18) No necesito recordar aquí las vivas polémicas suscitadas, por ej., por la aparición de cada nueva edición del Diccionario de la Academia.

(19) «Stukas» y «Pancer-Divisionen» son palabras que se encuentran ahora en todas partes, como en la guerra del 14-18 se habló mucho de los «tanks» o de los «M. A. S.».